

ERYA

DIOSCUROS

La espada de la dioscuro



© 2019, Erya

© Ilustración de cubierta: Ico Lizhen

Corrección: Ana Escudero

Primera edición: abril 2019

Derechos de edición en español reservados para todo el mundo.

© 2019, Ayaxia Ediciones

www.ayaxiaediciones.com

ISBN: 978-84-949661-2-5

Depósito Legal: M-12421-2019

Impreso en España.

Queda rigurosamente prohibida, sin autorización por escrito del editor, cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra, que será sometida a las sanciones establecidas por la ley. Pueden dirigirse a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org) si necesitan fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra (www.conlicencia.com; 91 7021970 / 93 2720447).

Querido lector:

¿Sabes lo que significa que estés leyendo esto ahora mismo? ¡Sí! Que gracias a ti, y solo a ti, hemos podido llegar al final de esta historia.

No puedo expresar lo feliz que me siento de que me hayas acompañado hasta el final. Da pena despedirse, ¿verdad? Para mí fue duro escribir el final, pero, a la vez, me hizo muy feliz, porque sabía que esta última entrega iba a ser leída con ganas.

Espero que la saga *Dioscuros* se haya hecho un hueco, aunque pequeño, en tu corazón.

Y espero que me acompañes en futuros viajes llenos de magia y fantasía...

Gracias por haberle dado una oportunidad
a esta historia.

Erya

*Al mundo bookstagram,
porque sin él esta historia se habría perdido.*



Salió de la ciudad buscando despejarse. Se perdió entre los árboles sin un rumbo fijo, pensando en lo acontecido en las últimas semanas. El bosque le acogió con su frescura y quietud, y a su nariz llegó el agradable aroma de las flores veraniegas, que le saludaban con diferentes colores que sus ojos esmeraldas no apreciaron.

Y entonces vio a Erehna, tan preciosa como siempre.

—¡Erehna!

Vestía de negro, con una camiseta que dejaba gran parte de su espalda a la vista, mostrando esa piel tan suave que a él le encantaba. Su pelo azul con mechas negras ondeaba movido por la brisa que empezaba a levantarse. A ratos, varios mechones osaban cruzar su rostro en suaves caricias y luego se retiraban, pero en ningún momento le quitaban un ápice de belleza.

Su primer impulso fue abrazarla, estrecharla entre sus brazos y disfrutar de su contacto, pero no estaba seguro de si ella lo aceptaría. Las cosas no habían terminado bien entre ellos, y no quería dar un paso en falso o hacer algo que pudiera molestarla.

La dioscura se paró a unos pocos pasos de él y le miró, seria.

—Hola, Dedkare.

Ella nunca le llamaba así, pero él no le dio importancia. Erehna estaba allí, con él.

—¿Qué ha sido de tus mechones plateados? —preguntó señalándose su propio cabello castaño, desordenado como siempre.

—Ya iba siendo hora de un cambio, ¿no crees? —respondió con una mano en su cadera y una sonrisa.

El joven se mantuvo en silencio. Notaba su corazón latir muy deprisa; por un momento incluso creyó que se le escaparía del pecho. Se quedó mirándola, sintiendo un irrefrenable deseo de besarla y saborearla otra vez.

—¿Te gustaría recuperar Arcadia conmigo?

Dedk miró los ojos lilas de ella y quedó cautivado, como cada vez que la miraba. La dioscura le tendió la mano y él la cogió sin dudar, dejándose llevar... al castillo de la dioscura. Entró tras ella cuando las puertas se abrieron ante ambos. Vio diversas criaturas que le causaron un mal presentimiento.

—¿Erehna?

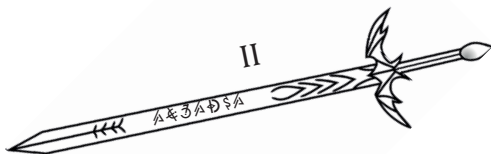
La joven se giró y le sonrió. Se llevó un dedo a los labios y cogió su mano, guiándole a lo más alto de las torres, a una sala circular vacía con un balcón, al que salieron. Ante ellos se extendía el reino de Arcadia al completo; incluso podía vislumbrarse a lo lejos la fina línea del océano.

—¿Te gusta? —le preguntó con voz cantarina y sensual.

La dioscura se colocó tras él con las manos en sus hombros. Dedk asintió, maravillado por las magníficas vistas.

—¿Te gustaría que todo cuanto ves... fuera nuestro?

La joven se humedeció los labios y los acercó a él lentamente mientras Dedk cerraba los ojos, sintiendo y disfrutando de lo que Erehna le provocaba...



Estaban cerca de la frontera de Ireen con Arcadia. Su hogar. Oione rebosaba miedo y felicidad a partes iguales. Temía lo que pudieran encontrarse en el reino, pero también estaba contenta de volver. Ansiaba conocer la ciudad que su amiga había creado para proteger a los habitantes que no podían ir a ningún otro lugar.

Los ojos rosados de la doncella se posaron en la dioscuro. Sonrió y colocó su cabello dorado detrás de la oreja. Gracias a Erehna había descubierto que no estaba loca. Durante años no lo había creído, pero la habían tratado como tal tanto tiempo que había terminado por creérselo. Ahora sabía que aquella voz que escuchaba era de Mili, la niña que había muerto por beber de la copa envenenada destinada a la reina Dánade.

«¡Ojalá Dedk no se hubiera marchado! Habría visto que Erehna es buena. Que Fhiro no es un asesino. Que yo no estoy loca...».

«Él nunca creyó que estuvieras loca», afirmó una voz dentro de sí.

Oione amplió su sonrisa. Era cierto. Él nunca la había tratado como si estuviera loca. Siempre había cuidado de ella cuando muchos la dieron de lado y el rey la despidió. No le guardaba rencor a Cudrinn. Había llegado a comprenderle, aunque no respetara su actitud.

Se puso a tararear, rompiendo el monótono silencio que se había apoderado de todos.

El joven con una pata de palo pensaba en su hermano mientras avanzaban sobre las cebras, obsequio de Dreane, la dioscura del este. Una suave brisa agitó su pelo negro de puntas blancas y sus ojos lilas escrutaron el cielo. Varias nubes cubrían gran parte de él amenazando con una densa lluvia. Enseguida su mirada volvió al frente y se perdió de nuevo en sus pensamientos. Su hermano Shiro se había quedado en Ireen para hacer de él su nuevo hogar. Tenía que reconocer que había creído que los acompañaría, pero no sabía si terminaba de gustarle esta idea. Era su hermano, después de todo. Y los había ayudado desde que se uniera a su viaje. Estaba demasiado confuso respecto a él.

La dioscura iba por delante y, como sus amigos, estaba sumergida en sus pensamientos. Había llegado el momento de enfrentarse a lo que había atacado su reino. A sí misma. ¿Se reencontrarían con Cudrinn, Dedk y Oerara? El corazón le latía a mil por hora solo de pensarlo. Se preguntaba si estarían bien. Y se preguntaba cómo reaccionarían al verla. Especialmente él.

Echó su pelo azul hacia atrás y sus mechas plateadas quedaron más marcadas. Su mirada lila vagó por el paisaje, dándose cuenta de que la luz se desvanecía cada vez más.

—Ella quiere saber por qué no fuimos primero a ver a la dioscura del este.

Oione se había colocado a su derecha y el cazador, con ganas de estar al tanto, avanzó hasta su lado izquierdo. Enseguida Erehna se vio rodeada por dos pares de ojos ávidos de respuestas.

—Con ella habría sido todo más fácil y rápido, ¿no crees? —siguió hablando la doncella—. Nos habríamos ahorrado bastante tiempo...

La dioscura sonrió dándole la razón.

—Cuando propuse emprender el viaje y visitar a mis hermanos, lo hice con intención de descubrir cuál de ellos era el que había atacado mi reino.

—¿Sospechabas de tus propios hermanos? —inquirió Fhiro alzando una ceja.

—Por mucho que tuviéramos un pacto... Dreander y Ehrik no estuvieron del todo a favor. Se hizo gracias a esos momentos en los que Dreander era dominado por el bien, por lo que Ehrik estaba en inferioridad y tuvo que aceptar. Por eso siempre he protegido Arcadia de ellos fingiendo que estaba bajo mi control. Si descubrían la verdad, sabía que irían a arrebatármela. Y cuando fue atacada... —Suspiró, recordando la noche del ataque. La noche en que Gabbeindar había sido asesinado, dando su vida para que ellos pudieran escapar—. Pensé que había sido cosa de uno de ellos. Jamás sospeché de Dreane. Por eso no sopesé la opción de ir a verla en primer lugar.

—Entonces... ¿no te interesaba descifrar el pergamino? —Oione entrecerró los ojos.

—Cuando lo vi, intenté descifrarlo. Tengo algunos conocimientos sobre las runas, pero está claro que no los suficientes. —Hizo un breve silencio—. Supuse que la reina Dánade lo dejó para proteger Arcadia en caso de que yo no pudiera, así que sí: aparte de descubrir cuál de mis hermanos estaba atacando mi hogar —pronunció esta palabra con sumo cariño, algo que no escapó a sus compañeros—, mi intención también era que nos ayudaran a descifrarlo.

—Así que desconfiabas de ellos, pero a la vez creías que nos ayudarían con el pergamino... —Oione se acarició la barbilla en gesto pensativo—. Sí, sí, ya sé que son sus hermanos, pero no la han tratado bien precisamente.

Fhiro y Erehna sonrieron. La dioscura habló:

—Desconfiaba, sí, pero porque no se me ocurría otra cosa que pudiera haber provocado el ataque a Arcadia. ¿Quién hay con tanto poder aparte de los dioscuros? —Se encogió de hombros.

Los tres se quedaron en silencio. Fhiro con su atención en ninguna parte, pensando, Erehna mirando al frente, estudiando el camino y Oione observando lo que les rodeaba y disfrutando de aquella acogedora y cálida pradera salpicada de flores blancas y amarillas. Le habría gustado coger un buen ramo, pero sabía que ellos se negarían a parar solo por eso, alegando que era una pérdida de tiempo. Tal y como estaban las cosas, era cierto que el tiempo no les sobraba. Había también pequeños árboles, dando sombra a algún animal que la aprovechaba con gusto. La doncella alcanzó a ver liebres y hasta ciervos.

Aspiró con gusto el aroma del verano. Le encantaba el calor. Le encantaba viajar. Todo era perfecto. Había tenido la oportunidad de conocer de primera mano el continente de Anbes. Había hecho buenos amigos y había conocido a personas de otros lugares a las que no olvidaría.

—¿Los dioses?

Fhiro rompió la quietud que se había establecido entre los jinetes. Las chicas le miraron con incredulidad. Él parpadeó varias veces, devolviéndoles la mirada muy serio.

—¿Lo dices de verdad? —inquirió la dioscura.

Él asintió y ella resopló.

—A los dioses no les importamos nada —repuso Erehna.

—¿Cómo puedes decir eso? —preguntó Oione llevándose las manos a la cara, escandalizada por las palabras de su amiga.

—Me baso en lo que veo. Maldijeron a los dioscuros. —Apretó los dientes—. Y permitieron que estos seres tan terribles sometiéramos a nuestras anchas los reinos de Anbes, provocando horribles atrocidades contra inocentes. Sí, estoy convencida —aseguró mirando a su amiga— de que a los dioses no les importamos nada. Para ellos solo somos peones sobre un tablero con el que entretenerse.



La mano recorrió su desordenado cabello negro. Cudrinn suspiró mientras con la otra repasaba el mapa que se extendía ante él. Había logrado reunir un pequeño ejército, gente dispuesta a regresar a Arcadia y luchar para recuperar su hogar. Además, había enviado mensajeros para aquellos que quisieran unirse a su causa.

Se apoyó en el respaldo, dejando caer la cabeza sobre él. Sus ojos celestes repasaron el techo sin mucho interés.

En apenas un rato iría hacia la herrería, tras la cual había un patio que usaban para los entrenamientos, a los que él se había unido en cuanto decidió recuperar su reino en lugar de quedarse cruzado de brazos.

Llevaba días sin saber de Dedkare. Se preguntaba dónde se habría metido. ¿Se habría ido a la ciudad sin avisar? Lo dudaba. La última vez que lo había visto no parecía tener intención de irse de Datrébil. Quizás le evitaba.

Un maullido le sacó de su ensimismamiento. Un felino de mediano tamaño saltó sobre la mesa, delante de él, provocando una sonrisa en el rey. La acarició con cariño.

—¿Y tú? ¿Sabes algo de él?

Oerara ronroneó con gusto a modo de respuesta y la sonrisa de él se ensanchó todavía más, aunque sus ojos mostraban preocupación. Resopló con desgana. ¿Por qué se preocupaba por Dedk? Nunca se habían llevado bien. Durante el viaje que habían compartido juntos de regreso

a Arcadia, habían sido muchos los momentos de discusiones y silencios fríos. Pero también habían compartido más: algunas risas, nostalgia por su hogar, echar de menos a los demás...

Suspiró.

¿Habrían llegado a Ireen sin problemas? ¿Habrían encontrado lo que buscaban? Pensó en cada uno de ellos. Habían sido buenos compañeros de viaje, cada uno a su manera. De hecho, creía haber sido él el peor de todos. Se avergonzaba solo de pensar en su comportamiento al inicio del viaje.

Sacudió la cabeza queriendo alejar esos pensamientos. Había cambiado, o eso creía. Siempre había mirado por Arcadia, pero el viaje le había enseñado que había errado mucho en sus decisiones. Iba a reparar sus errores. Iba a recuperar su reino. Iba a devolver la libertad a su pueblo.

—¿Necesitas ayuda en algo?

El lince gris escapó de sus caricias y se escabulló entre las piernas de la antigua reina de Arcadia. El semblante de Cudrinn se tornó serio.

—No necesito nada —respondió cortante, levantándose.

—Cudrinn...

Dánade, que no guardaba un gran parecido con su hijo, salvo sus ojos, le miró con ternura y comprensión.

—No, madre, no. —La miró con dureza. Ella llevaba un ligero vestido celeste sobre su cuerpo, algo más rollizo que cuando Cudrinn la vio por última vez en Arcadia. Su cabello negro estaba perfectamente recogido en un moño alto—. No puedes pretender que todo sea como antes. ¡Me engañaste! —Ella bajó la mirada—. Me hiciste creer que estabas muerta. ¡A mí y a todo el reino! Lloramos tu muerte... Y yo tuve que asumir un poder y una responsabilidad que me quedaban muy grandes. ¿Y para qué? ¡Para fallar a toda Arcadia! —Dánade mantuvo el silencio—. Y por si eso no fuera suficiente, dejaste que nos atacaran. ¡Permitiste que

decenas de vidas fueran arrebatadas aquella noche! Mientras, tú estabas aquí a salvo, sin preocuparte por nada, sin temer nada.

—Cudrinn, yo no podía hacer nada...

Se sostuvieron la mirada. Pero él no reculó.

—¿Y qué pasa ahora, madre? Ahora sí que puedes hacer algo. Sin embargo, prefieres seguir escondida tras estos muros. En lugar de ayudar a tu hijo y ayudar a tu reino... Nos vuelves a abandonar.

Nunca había visto a su madre quedarse sin palabras. Ella siempre tenía respuesta para todo.

Cuando pasó por su lado, vio cómo una silente lágrima rodaba por la mejilla de la mujer. Sabía que sus palabras habían sido como afiladas lanzas, pero sentía que ella le había fallado. Y no solo a él, que era lo que más le dolía, sino a toda Arcadia.

Salió de la estancia tratando de contener su propio llanto. Ya no veía a su madre en aquella mujer. Tampoco veía a la reina Dánade: valiente, leal, abnegada. Veía a una completa desconocida: cobarde, desleal, egoísta.

La reina Dánade estaba muerta.